

**William J. Entwistle**

(Profesor de la Universidad  
de Oxford).

## La sabiduría de Cervantes



El tema es la sabiduría de Cervantes. De su ciencia no quiero hablar; de ella don Américo Castro ha dicho todo lo que hay que decir—y aún un poco más. Todos sabemos cuánto hay entre la ciencia y la sabiduría, y sobre todo en la época actual, cuando los resultados de la ciencia amenazan la existencia de la especie humana en la tierra, y los más sabios no saben qué hacer para evitar el exterminio. La ciencia viene de los libros, de las experiencias controladas, del amontonamiento de los conocimientos; pero la sabiduría es de la tela de la experiencia vital. La Biblia nos habla de las mujeres sabias, cuya ciencia se limitaba tal vez a coser y fregar y mantener en buen humor al marido, y la literatura canónica y apócrifa de los llamados sabios vuelve con insistencia sobre el tema de la conducta de la vida. Sancho Panza fué un sabio con ciencia nula en su gobierno, pero Don Quijote, cuando razona sobre los gigantes que parecen molinos de viento, ostenta una erudición necia.

Eso de la experiencia vital lo encuentro en muchas partes de la dolorosa literatura española, y hasta me atrevo a considerarlo como una de sus características. El Cid se muestra menos conocedor de las reglas de la caballería andante que Lanzarote,

pero no olvida nunca que el mayor problema es ganarse el pan diario. Por eso en el momento culminante de sus hazañas, cuando los moros se acercan a los muros de Valencia y la quieren rendir a peso de números, el Cid no lanza bravatas contra el cielo pero llama a las torres a su mujer y sus hijas para que vean cómo el héroe gana su pan. Juan Ruiz ha vivido mucho, por mucho que haya leído. Fray Luis de León no es el mejor filósofo platónico del siglo XVII, pero después de pasar cinco años en la cárcel sabe mejor que nadie la importancia vital de esta filosofía mística, y con vivirla da una representación de sus etapas y peripecias que sirve todavía como documento fundamental para la vida extática. No es la belleza formal ni la labor intelectual que llama a nuestros autores clásicos, sino el puro saber vivir. Y entre todos nadie tan vital, y por esto tan sabio, como el Manco de Lepanto.

No quiero decir que los autores españoles carecían de conocimientos librescos, prefiriéndolos a veces a otros conocimientos más sólidos. En Góngora la erudición poética es su ruina, no tanto porque hace un poco difícil sus versos—para decir la verdad no está muy lejos la llave de sus misterios,—sino porque distrae su atención de materia más sólida que el discreto y el ingenio. En los días actuales empezamos a darnos una idea de lo que era la ciencia de Calderón: una enciclopedia de conocimientos librescos sobre teología, filosofía, psicología, lógica, retórica, astrología, geografía, música, estética y no sé cuántas ciencias más. En cada momento es capaz de substituir una fórmula ya hecha a la observación de la vida actual, y sus ciento y diez o doce comedias son como una fantasmagoría en que todas las cosas son soñadas. Sólo en esta afirmación, parece, entra la sabiduría. El proceso vital de la Edad de Oro había conducido a este resultado único: que todo fué soñado, todo desordenado y caprichoso, todo sin sentido salvo que lo tenga en un mundo superior donde las derrotas de nuestra vida resulten triunfos del plan de Dios.

¿Y quién más derrotado que Cervantes? Pedagogo por instinto y vocación, carecía de la preparación necesaria para obtener los altos cargos académicos, y habiendo adquirido uno de los inferiores, tuvo que huir del país por razones que hoy día son desconocidas. Sus conocimientos eran demasiado geniales para una época de creciente rigidez académica. Soldado aventajado, pero manco; sin recursos y sin favor. Esclavo cinco años; cinco años de heroicidad y de esfuerzos de organización inauditos, pero todos gastados en la inmensa nada de la esclavitud. Funcionario del estado que no recibía el sueldo a su plazo debido y por eso echado en la bancarrota. Preso. Durante treinta años escribió comedias y tragedias, poesías en todos los géneros, cuentos y novelas pastoriles, sin haber puesto el pie en el Parnaso a los cincuenta y nueve años. Vino entonces la fama, la gloria, la inmortalidad. Pero la causa era un libro comenzado en la cárcel para distraer a su autor de las mil molestias del lugar, sin que intentase aumentar con él el caudal de las bellas letras de su país; un libro que suscitaba el entusiasmo de los estudiantes como aquel Pancraccio de Roncesvalles que le encontró en el camino de Esquivias poco antes de su muerte, pero que no podía sustraerse a la envidia y las cavilaciones de la república de lobos que formaban los literatos madrileños. Se había hecho «el Adán de los poetas» pero en el triunfo seguía siendo «Viejo, soldado, hidalgo y pobre».

¿Quién diría más que Cervantes que la vida es sueño?, pero no lo dijo; y no lo dijo porque, siendo sabio, sabía dominar en los astros. Este es un apotegma medieval que Calderón pone en boca del rey Basilio en «La Vida es sueño»: sapiens dominatur en astris, «el sabio en los astros tiene dominio». El espíritu humano, aunque flaco en sí y mil veces derrotado, vence las cosas por no dejarse vencer. En otra parte he empleado la semejanza de la hierba que crece en las aceras de las calles, debajo de las losas y del asfalto. Nadie sabe cuántas semillas no germinan, oprimidas por el peso muerto de la piedra, pero algunas persisten. Rompen

el asfalto; buscan los intersticios de las losas; crecen y se ensanchan; forman montoncillos en el asfalto y empujan en lo alto las losas, las cuales se agrietan, no soportando su propio peso. Las hierbecitas traen consigo su tierra y empiezan a cubrir el asfalto o las losas con un tapete de verde transluciente. El peso bruto no es cosa de ensueño, como diría tal vez Calderón, pero vale menos que la insistencia de la vida. Vivir es querer vivir. La vida es una esencia que sabe moldear a las cosas inertes, de modo que cincela la piedra bruta y le da la forma que determina la voluntad del hombre.

No digo que Calderón desconocía todo eso como dogma científico. Según el poeta, el libre albedrío del hombre es superior a la naturaleza entera porque depende directamente de la esencia de Dios. Dios es omnipotente porque todo depende de su voluntad. Dios ha concedido al hombre la volición en el mismo grado que ha dado el ser al Universo. El Universo determina la historia de todas las cosas inferiores a él, incluso los espíritus vegetales y animales en el hombre. Todo esto lo hace como causa secundaria que influye en las cosas de tercer rango; pero no puede forzar el libre albedrío que es una entidad del mismo rango que el Universo. Así es, pues, que Calderón nos retrata una porción de héroes y heroínas que montan superiores a la malignidad del hado: Justina, que vence al demonio por no dejarse vencer; Cipriano, que alcanza conocer a Dios con sólo notar que hay defecto de voluntad efectiva en las religiones falsas; Segismundo, que no se deja arrebatarse por la cólera como su padre se rindió al miedo. Calderón reconoce en absoluto el poder de la voluntad, pero restringe su campo de acción a la salud del alma, sin dejarnos ver como obra mano a mano con la naturaleza para cambiar la condición de las cosas. El argumento de Calderón funciona en dos planos distintos; no nos da, como Cervantes, la redondez de la vida.

Repasemos algunas de las lecciones que la vida le dió a Cervantes.

Siendo esclavo, quiso ser libre. Hace quince años eso nos hubiera parecido la cosa más natural del mundo. Todo individuo que carece de libertad quiere recobrarla. Sería el movimiento mínimo de una voluntad. Pero en estos quince años los nazis nos han enseñado muchas cosas que estábamos a punto de olvidar sobre la brutalidad de la vida, y entre otras lo que es ser esclavo. Hace poco acabé de leer las memorias de un escritor noruego, Hans Cappelen, quien pasó varios años en los campos de concentración en Alemania. Sobrevivió los campos de Natzweiler (campo de noche y niebla), Dachau, Aurich (campo de exterminio), Ravensbruck (otro de exterminio más seguro), etc., y da a su libro el lema *Vi ga oss ikke*, «no nos rendimos». Eso de no rendirse era lo fundamental. Era una labor espiritual de día y de noche; una tarea positiva e incesante. El desconfiado perdería la vida casi al instante. No había modo de vivir entre tantos horrores sino querer vivir, querer con todo el corazón. El querer vivir era una actitud espiritual que el preso había de tomar frente a los atormentadores. Había de ver, sin acobardarse, el humo de la chimenea del crematorio de día y de noche su brillo funesto; había de oír los gritos de los que iban arrastrados a los hornos; había de ver morir a la gente de puro azotada, y sufrir los golpes en su carne propia. Todo esto tenía que presenciar, sin darle la importancia que los carceleros querían conceder a los castigos. El preso que quería vivir tenía que esperar la victoria en unas pocas semanas, y seguir esperándola cuando no se realizó. Había de pensar en la posibilidad de la evasión, formando planes mil veces infructuosos. Había de fraguar tretas para evitar los trabajos más pesados que traían consigo la certidumbre de la muerte. Tenía que halagar a los guardias, tratándolos como si fuesen seres humanos, y hasta como a niños, para que diesen por vanidad algún alivio que la misericordia ya muerta en ellos no ofrecía. El preso tenía que ser optimista en todos los momentos, incluso al volver de un desmayo con las costillas rotas por los azotes; tenía que contar los

sucesos humorísticos aún en medio de los cadáveres y ufanársese sobre la bella conducta suya y de sus compañeros. Esto era querer vivir con todo el corazón.

Las novelas de Cervantes nos dan cuadros de esta voluntad de vivir. Los presos pasan mil peligros y se salvan por fin a veces por rescate, a veces huyendo, a veces por haber atraído románticamente el amor de la mujer de su dueño. Viven con la misma energía que Miguel de Cervantes, el cual pasó cinco años en Argel sin que cualquiera de ellos careciese de su tentativa de escape, incluso aquella magna conspiración en la que Cervantes mantuvo en un jardín a centenares de cristianos durante meses enteros. Y en toda su obra se dice muy poco sobre los trabajos y las muertes de los baños. Es precisamente desde el baño de Argel donde su capitán cautivo logra ver y corresponder a la hermosa mora. Tal vez nos halagamos demasiado al pensar que los crímenes de los nazis representan un colmo de la iniquidad de los hombres. Si la iniquidad tenía un colmo, tendríamos algún fundamento para creer en su disminución en lo futuro. Los baños de Argel debían ser muy parecidos a los campos de exterminio de los alemanes, pero Cervantes no nos representa más que los elementos que favorecían la vida. Quiso ser libre, y lo fué.

Quiso también asegurar la libertad de sus compatriotas. El soldado Saavedra se dirige a Felipe el Prudente diciendo:

«Alto señor, cuya potencia  
sujetas trae las bárbaras naciones  
al desabrido yugo de obediencia,

a quien los negros indios con sus dones  
reconocen honesto vasallaje,  
trayendo el oro acá de sus rincones,

despierte en tu Real pecho el coraje  
la desvergüenza con una vil oca  
aspira de continuo a hacerte ultraje.

Su gente es mucha, mas su fuerza es poca,  
desnuda, mal armada, que no tiene  
en su defensa fuerte, muro o roca.

Cada uno mira si tu armada viene,  
para dar a los pies el cargo y cura  
de conservar la vida que sostiene.

De la esquiva prisión, amarga y dura,  
a donde mueren quince mil cristianos,  
tienes la llave de su cerradura».

Palabras heroicas, pero, desgraciadamente, dirigidas a un Rey prudente. El Estado de Argel estaba tan corrompido en 1577 como en 1816, cuando un almirante inglés puso fin a sus piraterías. Destruirlo era una operación naval más fácil cuando la armada tenía bases en la costa levantina de España: Reducir a los piratas sería dar la paz a las aldeas marítimas de Valencia y garantías a los viajeros que cruzaban en galeras el Golfo de los Leones. Sería, también, dar al Estado español el dominio irrecusable de la mitad occidental del mar Mediterráneo, con la posibilidad de mantener la guerra contra los turcos más allá de Creta y Rodas. Hubiera rescatado a Viena y a los húngaros, porque los turcos no hubieran podido mantener la guerra en dos frentes. Pero el Rey prudente no lo quiso. Dejó inseguras sus costas y sus dominios; consintió en las piraterías y en las victorias de los turcos; y ni con eso logró conservar sus fuerzas. Gastó los ejércitos en unas guerras sin motivo suficiente en los Países Bajos, y perdió la Armada en Inglaterra.

Con respecto a la Armada Invencible vemos otra vez, vemos cara a cara, al español más valeroso de su época y al Rey. Cervantes no discutió la política, pero se identificó con el proyecto de su soberano. En la primera oda describe con la mayor viveza una batalla naval como la que presencié en Lepanto, con todos los detalles de las maniobras marítimas y los truenos, alaridos, y silbos del cordaje. De escribirse en prosa la oda hubiera sido el mejor cuadro de guerra marítima de aquel siglo. Vino la noticia de la derrota. Cervantes corre a la mesa, agarra la pluma, y comienza a llenar las cuartillas de versos. Aconseja al Rey que no se rinda a la fortuna; que haga más navíos, que ejercite más marineros, que repita la expedición con mayores fuerzas. Otra vez, el Rey prudente no lo quiso hacer; y no queriendo, perdió el Imperio.

¿Qué hubiera acontecido con una segunda Armada Invencible? Hoy día sabemos que los diez años últimos del reinado de doña Isabel fueron una época de flaqueza. Los precios subían mientras menguaban las viandas; el tesoro vacío; el ejército nullo; la armada dispersada. Claro que el rey Felipe hubiera podido volver a cometer todos los errores que le costaron la vida de tantos miles de marineros en la expedición histórica; pero por otra parte, tomando mejores consejos, hubiera podido mejorar la construcción de sus buques, darles bases en los Países Bajos y poner su confianza no en un duque ignorante y supersticioso sino en algunos de los buenos almirantes que restaban de la escuela del Marqués de Santa Cruz. En todo caso, el consejo que le dió Cervantes era bueno: no rendirse. Hemos visto en nuestros días una ola de invasión triunfante en toda Europa, que se detuvo al otro lado del Canal de la Mancha porque así querían un viejo y unos cuantos muchachos.

Hé aquí la moraleja del Quijote. Entre todas las apariencias falaces de la vida, hay una verdad inquebrantable, es decir la voluntad. Yo sé muy bien que otros críticos han encontrado otras interpretaciones del Quijote y me pongo al lado de todos

los intérpretes. El Quijote es una vasta transcripción de la experiencia, y se presta a todas las interpretaciones que la vida sugiere. Hay tantos Quijotes como lectores; cada lector compara la novela con su peculio de experiencias y saca conclusiones que son verdaderas para él. Pero a mi ver el Quijote, si dejamos aparte lo que hay en él de puro entretenimiento, trata de la verdad y la mentira, y si uno puede fiarse en cosa alguna en este mundo. Calderón dice que sí. Dice que en un mundo de ensueño hay una regla cierta, que es obrar bien. Pero no nos dice qué quiere decir bien, digo en términos de actualidades terrestres. El bien calderoniano es una entidad cuya prueba existe en la teología, en lo que Dios determina, y por lo tanto fuera del conocimiento humano. El individuo que obra según el dictado de la conciencia obra bien porque obra conforme la voluntad divina, y no importa que las consecuencias terrestres de su actuación sean las más descalabradas. Don Quijote obra bien, pero es sumamente desgraciado, y Cervantes no nos quiere decir que la sociedad puede aguantar el quijotismo. El análisis que hace de la verdad y la mentira terrenas es menos dogmático y más sutil que el de Calderón.

Mientras leemos la novela nos vamos dando cuenta de la dificultad de atribuir los advenimientos a las dos clases categóricas de verdad y mentira. Empezamos llenos de confianza. El caballero manchego se aproxima a una venta; cree que es un castillo. Muy bien: la verdad es lo que sabe el lector y la mentira es lo que cree don Quijote. Unas páginas después encontramos a Juan Haldudo que da azotes a un muchacho. Don Quijote interviene en el asunto; salva al muchacho que es tan maltratado. Estamos, pues, con don Quijote y la verdad del caso es en lo que el lector y el héroe están conformes. Pero más tarde la víctima prorrumpe en injurias contra el caballero andante por haberle costado muchos azotazos más con su intervención intempestiva. Dámosle la razón, pero al mismo tiempo condenamos nuestra complacencia anterior; la verdad es en lo que estamos de acuerdo

con Andresillo y no lo que pensábamos antes acerca de la conducta de don Quijote. Entra Sancho, y comienza el episodio de los molinos de viento. Son, evidentemente, los molinos de viento de Criptana, como dice Sancho, y la verdad es lo que piensan Sancho y el lector. Pero cuando don Quijote se mete a razonar sobre el asunto hemos de darle parte de nuestra razón. Es cierto que en la guerra muchas empresas suceden al revés. Atenas entró en la guerra del Peloponeso con una armada invicta, y era precisamente la derrota de esa armada lo que arruinó el estado. Goering creó una fuerza aérea superior al resto de Europa, y fué precisamente en el aire donde sufrió sus derrotas. La superioridad inicial implicaba cuando la guerra duró seis años, una superioridad medida en tipos anticuados y por lo tanto más que inútiles en los combates finales; como también la superioridad inicial de los atenienses se convirtió en inferioridad cuando sus enemigos inventaron el ariete naval. Es cierto, pues, como dice don Quijote, que en la guerra todo es estratagemas; y es cierto también que, si hubiese gigantes (lo que no niega Sancho en principio), podrían darse el gusto de disfrazarse de molinos de viento. Más de un soldado nuestro, sin tener los poderes mágicos de un gigante, se ha disfrazado de árbol o chimenea o saco de patatas. Mientras razona, don Quijote dice cosas que bien pueden ser verdaderas; en la práctica no lo son.

En el episodio del yelmo de Mambrino los papeles son distribuidos con mayor igualdad por el autor. Lo que se ve en primer lugar es una columna de polvo que avanza por la estepa manchega. Es la apariencia que ofrecería una tropa de caballería, y don Quijote, que se precia de su ojo de lince, cuenta a su escudero los nombres de los paladines principales. Sancho no ve las cosas muy claro y no está disconforme. Una columna de polvo cubriría tan bien la marcha de un ejército como la de un rebaño de ovejas, y en una ocasión tan ambigua la verdad es lo que desconocen don Quijote, Sancho Panza y el lector. Más tarde se presenta una cosa que brilla: para don Quijote es el

yelmo de Mambrino; para Sancho es el bacín del barbero. He aquí la teoría de la doble verdad: lo que es desconocido en sí, es una cosa a un individuo y otra cosa a otro, como, por ejemplo, cuando tratamos de los partidos políticos.

Mientras la novela avanza empezamos a ver la necesidad de la comprobación. La princesa Micomicona se presenta como tal y sirve como piedra de toque para el caballero y su escudero. Sancho cree oír ciertas picardías en el corredor de la fonda, pero es evidente que no entendió bien lo que se decía. Todo el mundo sabe que Sancho Panza no entendería el habla enrevesada de los cortesanos, y como la princesa es princesa no se ocuparía en frioleras. Don Quijote corrige a su escudero, y corregiría también al lector si no tuviese éste tanta malicia. La princesa Micomicona es un apoyo principal de las ilusiones quijotescas en los últimos capítulos de la primera parte. En la segunda parte se trata no tanto de las ilusiones de don Quijote, las cuales necesitan siempre el apoyo de algún compañero mal intencionado, sino del creciente azoramiento de Sancho. Es Sancho quien propone a su amo el vivir una novela pastoril y es Sancho quien lucha contra el peso del desengaño sufrido en Barcelona. Para mantenerse en su quicio Sancho necesita alguna circunstancia exterior que le sirva de corroboración. La encuentra en el encantamiento de Dulcinea. La ha encantado él mismo, obrando por su propia malicia. El mismo tomó al azar una aldeana bastante fea y la presentó a su amo como una princesa encantada. Tenía por cierta alguna cosa en el mundo. Pero la duquesa le hace ver que no es muy sabio; que puede equivocarse en cosas de encantamiento, donde se equivocan tantos eruditos; y por fin que no hay razón para no creer que la que consideró una aldeana no fuese encantada antes del momento del encuentro. El caso sería, entonces, que ella no era una aldeana falsamente encantada por Sancho, sino la mismísima Dulcinea en disfraz, desencantada a su propio ser por la malicia infértil de Sancho Panza. Sin quererlo, había dicho una verdad. Sancho, como todo hombre práctico,

es siempre incapaz de razonar sobre los asuntos no sometidos a sus cinco sentidos, los cuales incluyen todo el pasado y el futuro. Don Quijote ofrece cuadros razonables del pasado y del futuro, si bien se equivoca con respecto a las actualidades. En esto no hace más ni menos que los académicos, gente de mucho valor para la cultura general, si bien muy poco para las novedades del día.

Es claro, pues, que el bruto sentido común no nos dice la verdad sino acerca del momento que corre, y puede equivocarse aún así, pero el raciocinio nos ofrece una verdad más amplia y que domina hasta cierto punto sobre la actualidad del día. Tiene por su dominio el pasado y el futuro. Todas las cosas actuales caerán a su vez en lo que denominamos el pasado, y el futuro resultará de cómo concebimos el presente. Así es como la verdad que sostiene don Quijote se impone en toda la novela. Se dirige a las mozas de la fonda con las cortesías de un caballero errante, y ellas cuidan de Rocinante como si realmente fuesen hijas del castellano. El fondero se convierte en caballero para armarle caballero con todas las ceremonias usadas. Quiere corregir los abusos y proteger a los desgraciados y en efecto lo hace. Quiere aplicar las máximas de la justicia más inflexible, y de hecho las aplica a los galeotes. Dondequiera que esté don Quijote todos se ocupan de la caballería andante; todos hablan el dialécto del oficio y representan sus papeles, y todos le dan la razón. Es la voluntad del caballero andante alojarse entre príncipes, y de hecho el palacio de los duques está a su disposición. Si las aventuras le cuestan algunos descalabros, son de poca monta. En cosas de valentía el ánimo es todo, y nadie puede dudar del brío de don Quijote. Es su voluntad dar una ínsula a Sancho, y de hecho Sancho sale gobernador. Las cosas son como don Quijote quiere que sean; su voluntad forja su mundo, y sólo cuando se enflaquece la voluntad el mundo recobra su rigidez y el héroe muere. Mientras quede en pie nuestra voluntad el

mundo se acomodará a nuestros deseos de algún modo o de otro, como la losa ha de desplazarse mientras viva y empuje la semilla.

Y no se me diga que la voluntad es eficaz sólo en cuanto posible. Esta es la doctrina de la sobrina de don Quijote, como nos ha mostrado Unamuno, y el defecto capital de los españoles actuales—y de otras naciones también—es el de ser hijos de la sobrina. La política quiere el bien en cuanto es posible; es un arte que se dirige a la adquisición de los bienes posibles, y con esta limitación ha errado el camino de los bienes absolutos. Los grandes bienhechores del mundo han sido los que han querido imposibles, y con quererlos han hecho posibles: el que ha querido quitarle el miedo a la humanidad con sólo sentarse debajo de una higuera de Bengala, pensando en la nada; los que se dedicaron a la empresa de cruzar la zona de fuego que debía circundar el globo; el que desapareció en las nieblas del mar Atlántico en busca de Catay; los que han marchado solos para predicar la fe a continentes enteros; el que, con sólo doce compañeros (y uno de ellos traidor); hizo la paz entre Dios y el hombre. La voluntad de don Quijote es eficaz en cuanto buena. Está conforme con Calderón en afirmar que la verdad es obrar bien, y nadie dudará de la necesidad de su oficio cuando lo define con estas palabras:

«Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva a las damas el cortesano; autorice la corte de su rey con libreas; sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa; concierte justas, mantenga torneos y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano, sobre todo, y de esta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo; éntrese en los más intrincados laberintos; acometa a cada paso lo imposible; resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de

los hielos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos; que buscar éstos, acometer aquéllos y vencerlos a todos son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que a mí me pareciere que cae debajo de la jurisdicción de mis ejercicios».